

ción mutua entre Victoriano Salado Álvarez y Mariano Azuela; Yliana Rodríguez, el tratamiento de los espacios en *La Rumbay Tomóchic*; Antonia Pi-Suñer, la relación entre historia y novela en los textos de Ireneo Paz y Victoriano Salado; Alejandro Rivas, las variaciones de la leyenda de Don Juan Manuel —publicada primero por José Justo Gómez de la Cortina en 1835—, en narraciones de distintos autores. Muy útiles son también los artículos de Edith Negrín, quien relaciona la novela *María Luisa* de Mariano Azuela con un amplio repertorio de novelas del naturalismo francés cuya protagonista es una prostituta, y Adriana Sandoval, que analiza *Tomóchic* a la luz de *La débâcle* de Zola.

Quizá ya ha percibido el lector que la mayoría de los artículos de *Literatura mexicana del otro fin de siglo* se dedica a la narrativa, el ensayo, la crónica o la poesía popular narrativa; sólo cinco ponentes se ocuparon de la poesía: Schulman habló de los poemas de Díaz Mirón; Sylvia Molloy y Gustavo Jiménez, de Nervo; Esther Hernández, de la poesía escrita por mujeres mexicanas en el XIX, e Yvette Jiménez, de María Enriqueta. Cabría preguntarse por qué en esa reunión académica hubo menor interés por la poesía del siglo XIX. ¿Quizá porque los versos que escribieron muchos de aquellos poetas acusan el envejecimiento de la estética sentimental que los regía? Lo que sí se comprueba, después de la lectura de este libro editado por El Colegio de México, es que la historia crítica de la literatura mexicana del siglo XIX está todavía por (re)escribirse.

CELENE GARCÍA ÁVILA

ALFONSO DE TORO (ed.), *El siglo de Borges*. T. 1: *Retrospectiva-presente-futuro*, por Fernando de Toro. T. 2: *Literatura-ciencia-filosofía*, por Susana Regazzoni. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 1999. (*Teoría y Crítica de la Cultura y Literatura*, 19-20).

En marzo de 1999 se realizaron sendos coloquios en Alemania e Italia en homenaje a Jorge Luis Borges, quien habría cumplido un siglo el 24 de agosto del año en que se llevaron a cabo: uno, del 15 al 20, en el Centro de Investigación de la Universidad Ibero-Americana de Leipzig; y otro, del 25 al 27, en Venecia, organizado por el Departamento di Studi Anglo-Americani e Ibero-Americani y la Universidad de Ca'Foscari. De estos homenajes resultaron los volúmenes *El siglo de Borges* que ahora me ocupan. La edición del primero correspondió a Alfonso de Toro y Fernando de Toro, quienes, además de los trabajos participantes en el coloquio, incluyen “aquellos de colegas

que por diferentes razones en último momento no pudieron asistir, pero que pusieron sus trabajos a disposición del proyecto” (p. 11). En total, este primer tomo reúne treinta textos sobre Borges y su obra. El segundo fue editado por Alfonso de Toro y Susanna Regazzoni e incluye diecinueve trabajos.

La proliferación de los estudios borgeanos desde mediados del siglo pasado, hecho que se constata con el creciente número de estudios de Borges durante 1999, da la impresión de que poco puede decirse acerca del tema, como manifiesta María Caballero Wangüemert: “La celebración del centenario en 1999 con nuevas aportaciones, pone sobre el tapete hasta qué punto es posible decir algo, no ya nuevo sino mínimamente interesante, en relación a nuestro polifacético personaje y su equívoca obra. Hay mucha reiteración, mucho comentario admirativo o, en algunos casos despectivo, sin rigor académico alguno” (t. 1, p. 496).

Respecto de la primera observación, considero que no sólo “es posible decir algo”, sino que el campo de estudios se ha ensanchado y enriquecido cuantitativa y cualitativamente por la reciente compilación de las colaboraciones de Borges en *El Hogar*, *Sury Crítica*, así como de sus escritos de juventud, entre los que se encuentran aquellos que fue desechando de las reediciones de su poesía: *Textos recobrados (1919-1929)*. También cabe resaltar la reedición de sus primeros libros de ensayo: *Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos*, y la publicación de la correspondencia de Borges con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda, por un lado, y con Macedonio Fernández, por otro. Esto, de alguna manera, obliga a releer y a replantear los estudios sobre el polígrafo argentino bajo una nueva luz. Los dos volúmenes aquí comentados demuestran que el carácter “clásico” de la obra de Borges, en el sentido en que éste emplea el término, es “capaz de interpretaciones sin término”. En lo que sí tiene razón María Caballero es en la falta de rigor académico respecto de buena parte de los estudios borgeanos, pues celebraciones como la de 1999 propician la generación de críticos improvisados y, por ende, “mucho reiteración, mucho comentario admirativo”.

Ahora bien, los trabajos compilados en *El siglo de Borges*, aunque peque de esquemático, pues algunos de ellos cabrían en dos o más apartados, pueden agruparse de la siguiente manera:

1. Los que establecen puntos de contacto entre Borges y diversos filósofos y teóricos contemporáneos, acaso porque —como señala Savater— hay un amor correspondido entre el autor de *El Aleph* y los filósofos: “También los filósofos aman a Borges y —a partir de la famosa referencia inicial de Foucault en *Les mots et les choses*— pocos literatos actuales comparecen tan insistentemente en obras filosóficas de todas latitudes y perfiles. Sin duda a Borges le vino bien la filosofía como inspiración, pero no es menos cierto que Borges también

les ha venido bien a los filósofos, sea como inspiración directa, como apoyo o como razonable ornamento” (t. 2, pp. 123-124). Aparte del texto citado de Fernando Savater, “Borges y la filosofía”, pueden mencionarse, por orden de aparición en los volúmenes: “Semiosis y teleología en algunos relatos de J. L. Borges. Un encuentro no fortuito entre Borges y Peirce, dos maestros de los signos del final” de Fernando Andacht, “Some thoughts on simplicity and complexity by way of Jorge Luis Borges, Italo Calvino, and C. S. Peirce” de Floyd Merrell, “Borges y la filosofía post-analítica: algunas consideraciones sobre el «anti-realismo» borgeano” de Silvia G. Dapía, “¿Paradoja o rizoma? «Transversalidad» y «escriptibilidad» en el discurso borgeano” y “Cervantes, Borges y Foucault: la realidad como viaje a través de los signos” de Alfonso de Toro y “La eternidad de lo efímero” de Juan Arana. Además, entre éstos deben mencionarse los trabajos que analizan los rasgos de la posmodernidad en Borges: “Borges vs. Heidegger: les fins de la modernité et la fin de «L’époque des visions du monde»” de Wladimir Kryszynski, “Borges and Rulfo: The paradigms of modernity and post-modernity” de Fernando de Toro, y “Aspectos postmodernos (y también modernos) de la narrativa de Borges” de Rosa María Ravera.

2. Aquellos que se dedican a desentrañar las relaciones entre Borges y un personaje que, a manera de *precursor*, sirve para entender la producción borgeana, entre los cuales se encuentran: “Borges y William James: el problema de la expresión del fenómeno místico” de Luce López-Baralt, “The map and the maze: H. G. Wells and J. L. Borges” de Elmar Shenkel, “Jorge Luis Borges and Rudyard Kipling: The fantastic affiliation” de Stefan Welz, “Borges y Dante o la superstición de la literatura” de Laura Silvestri, “Borges, Ben Jelloun y *Las mil y una noches*: lecturas interculturales” de Roland Spiller, “Cercanía de una milenaria intertextualidad [Borges y Zhuang zi]” de Antonio Fernández Ferrer, “Il sonno di Dio. Note su Borges e Berkeley” de Giulio Giorello, “Las representaciones literarias del mundo: Borges y Schopenhauer” de Francisco José Martín, y “Pierre Menard, Unamuno y los simbolistas” de Arturo Echavarría.

3. Los dedicados a la recepción y la influencia de Borges: “La discordia de los linajes [Borges y Lomborghini]” de Nicolás Rosa, “Reflexiones sobre la recepción de la obra de Borges en los EE. UU.” de Jaime Alazraki, “«Neofantastic» in new Czech literature or Borges, Escher, Kratochvil” de Wolfgang F. Schwarz.

4. Las lecturas sobre algún tema específico de la producción borgeana: “El otro” de María Kodama, “Les allusions aux modèles scientifiques et leurs fonctions dans l’oeuvre de J. L. Borges” de Eckhard Höfner, “*Der unerschütterte Regenbogen*: una teoría literaria del *arquetipo*” de Antonio Fernández Ferrer, “Borges y Praga” de František Vrhel, “Borges y Alemania” de Walter Bruno Berg, “*Firmitas, utilitas, venustas*

en Borges” de José Morales Saravia, “Seduction-The Borgesian temptation of the reader to perform at best” de Rolf Kloepfer, “Borges 2000: Back to the future” de Edna Aizenberg, “Borges: álgebra y fuego” de Ana María Barrenechea, “Borges: del Minotauro al signo laberíntico” de Martha Canfield, “Los paseos de Borges por Constitución: la clave secreta de un emblema místico privado” de Luce López Baralt, y “Borges «El poetizador»: entre la poétique des tigres et le moi méta-lyrique” de Wladimir Krysiniski.

5. No faltan los estudios sobre los *géneros borgeanos*: “Borges y la transgresión. Estrategias del texto basadas en la transgresión y combinación de géneros textuales” de Michael Rössner, “Borges, ensayista” de Daniel Balderston, “Borges: entre el epigrama y la novela” de Juan Octavio Prenz y, aunque no se trata de un género sino de una forma, “Apuntes sobre el soneto de Borges” de Tomasso Scarano; otro más sobre la práctica correctora de Borges: “«El otro, el mismo». Construcción de una identidad artística unívoca” de Ivette Sánchez.

6. También aparecen revisiones de la literatura crítica en torno a Borges: “Borges en la historia de la crítica contemporánea” de Arturo Echavarría, “Anotaciones a Borges. La reescritura crítica de un clásico” de María Caballero, y “Borges y la biografía” de Marcos-Ricardo Barnatán.

7. Aquellos textos de tono más anecdótico que crítico: “Saludos” de Bernardino Osio, “La biblioteca creata” de Massimo Cacciari, “Ricordi e impressioni in torno a Borges” de Giuseppe Bellini, y “Pudor y pasión” de María Kodama.

8. Por último están las lecturas de textos particulares: “*Antología personal: el reto de la pobreza*” de Susanna Regazzoni, “Paradojas de la identidad y la memoria de *El acercamiento a Almotásim a La memoria de Shakespeare*” de Zunilda Gertel, y “*El Aleph* y el lenguaje epifánico” de Julio Ortega.

Consideré pertinente reproducir los títulos de los trabajos y los nombres de los autores, porque casi todos son borgeanos reputados, cuyo rigor académico está fuera de duda. Además, publicaciones como *El siglo de Borges* se resisten a ser reseñadas de forma exhaustiva, primero por la cantidad de los artículos incluidos y luego por los diversos temas tratados. No obstante, se percibe una especie de “agujero negro” respecto de la obra inicial de Borges, así como un cierto desdén por el análisis textual y un auge de la lectura hermenéutica, lo que a menudo lleva a generalizar sobre la producción borgeana y, por tanto, borrar las huellas de un Borges *otro*, irreductible a la imagen unitaria que el Borges maduro se esmeró en difundir: ¿qué otra función puede achacarse a las constantes supresiones, refundiciones y aun abjuraciones de versos, poemas y libros completos?

Lamentablemente, saltan a la vista los múltiples errores de edición, como las erratas (“excluído”, “análisis”, “hipálague”, “pan-

teismo”, “adecúa”, “espectativas”, “autoreflexión”, “ésto”, “aquéllo”, “repitiría”, “infelíz”, “perpétua”, “heróica” y muchas otras que pululan por los volúmenes comentados), aparte del frecuente uso inadecuado de preposiciones y la falta de criterio en el empleo de los diacríticos. Pero es todavía más censurable la confusión de nombres, ya por error, ya por prisa del capturista: “Sylvia Ocampo” por “Silvina Ocampo” (t. 2, p. 63) o, bien, “La búsqueda de Averroés” (t. 2, p. 224) por “La busca de Averroes”. Esto, sin embargo, apenas empaña la valiosa labor de quienes se han esforzado por hacer más aprehensible a un autor tan vasto, de ahí el optimismo de Regazzoni: “A Borges se le entiende más hoy que en el pasado porque lo que ha madurado es el lector, gracias también a todas las teorías literarias y lingüísticas que se han desarrollado” (t. 2, p. 10). Después de todo, *El siglo de Borges* contribuirá, seguramente, a que el lector siga madurando frente a una obra que apela, más que a la complicidad, a la participación.

ANTONIO CAJERO  
El Colegio de México

EMILIO BARÓN, *Odi et amo. Luis Cernuda y la literatura francesa*. Ediciones Alfar, Sevilla, 2000. 194 pp.

Emilio Barón es uno de los críticos que con mayor empeño se han ocupado, en los últimos años, de la vida y obra de Luis Cernuda. Además de una biografía, *Luis Cernuda. Vida y obra* (1990), ha publicado un volumen (que por desgracia no he podido consultar) titulado *Después de Cernuda y otros ensayos* (1991) y también ha editado un libro colectivo sobre un tema más especializado: *Traducir poesía. Cernuda, traductor* (1998). Ahora entrega una nueva obra en la que se propone trazar las huellas que dejara la literatura francesa en la obra del poeta sevillano. Si bien es cierto que ya contábamos con trabajos de estudiosos como Derek Harris, José María Capote Benot, Gustavo Correa, Terence McMullan y Manuel Ulacia para lo que corresponde a la influencia francesa en los dos primeros libros de Cernuda, y si bien es cierto que todo un batallón de críticos (que incluye a Octavio Paz, Manuel Durán, Paul Ilie, Luis Antonio de Villena, Brian Morris, además de los ya citados Harris, Ulacia y Capote Benot) se ha ocupado de la etapa surrealista del poeta, este nuevo libro de Barón constituye, en efecto, el primer intento por ofrecer una visión de conjunto de lo que podríamos llamar la educación francesa de Cernuda.

El trabajo se divide en dos partes principales, que pretenden abarcar dos lapsos claramente diferenciables: “De la Universidad